

5 o 6, porque eran flacas y no le agradan las perdices de cañadón. Luego, en unas pajas coloradas, cerca de un maizal cazó 15 o 20.

Nos conducía el señor Pedro Badano, fuerte comerciante de C. Seré, de quien éramos huéspedes, y nos ofreció hacer preparar un plato de mollejas de « coloradas » que nos prometió delicioso. Con gran asombro nuestro el famoso plato no se preparó a causa de haber encontrado la cocinera en dos mollejas sendos ratones.

La señora, dueña de casa, llena de repugnancia nos hizo mostrar, como algo extraordinario, las mollejas y una de ellas presentaba un aspecto muy parecido al de la fotografía publicada en EL HORNERO. Naturalmente, se comentó el asunto y el señor Moodie afirmó que en muchas oportunidades había encontrado eso en las perdices coloradas cazadas en los cañadones por cuyo motivo a él no le gustaba y no cazaba allí.

Un peón del señor Badano, antiguo cazador profesional, hizo la misma observación como si se tratara del caso más común.

Por mi parte ya había visto unos años antes, un caso, en unas perdices que había cazado en Santa Inés (F. C. O.).

Sólo por casualidad observé esto y ha sido por la circunstancia de que el peón que las limpiaba, guardaba las mollejas para guisarlas, y mientras miraba cómo las abría apareció en una de ellas una lauchita, a medio digerir.

Me aseguró el hombre, ante el asombro mío, que él había encontrado en otras oportunidades perdices con lauchas en el buche y en la molleja.

PEDRO L. COMI.

ACERCA DEL VUELO DE LA AVUTARDA *CHLOEPHAGA HYBRIDA*

Durante los días comprendidos entre el 20 y el 31 de Agosto se tuvo oportunidad de observar, desde los acorazados que pertenecen a la División de instrucción, varias bandadas de la avutarda *Chloephaga hybrida* en vuelo de migración hacia el Sur.

La mayor cantidad de estas aves fué vista al entrar en el golfo San Jorge entre el Sud y el Sud-Este de la isla Rasa (lat. S. 45°06', long. W. 65°25'), de la cual se pasaba a 7 millas (13 kilómetros), el 20 de Agosto hacia las 10 de la mañana. Aparentemente, las 15 bandadas que se contaron allí en una hora procedían de la misma isla Rasa, que es un islote bajo, de piedra, sin vegetación y muy poco accesible, refugio de los lobos de un pelo (*Otaria byronia*) y aves marinas.

El número de individuos que constituía cada bandada era muy variable, entre 15 y cerca de 100; notábase mayor cantidad de machos, pues su plumaje de color blanco los diferenciaba claramente de las hembras que son pardas con rayas. Volaban batiendo las alas continuamente.

Cada bandada, cualquiera que fuese el número de sus componentes, formaba un ángulo cuyo vértice estaba dirigido en el sentido del avance, y conservaba constantemente, por lo menos durante todo el tiempo que estuvieron a la vista, una misma altura entre 3 o 4 metros hasta unos 40 del nivel del mar. En esas circunstancias reinaba viento oeste de 5 metros por segundo y llamaba la atención el hecho de que todas esas bandadas volasen con un rumbo tal que, contando con el abatimiento producido por dicho viento, debían pasar muy cerca de Cabo Blanco, límite austral del Golfo.

Las bandadas que por su posición debían encontrarse cerca de uno de los buques, se esforzaban en pasar por delante, lo que permitió apreciar ese día que su velocidad de vuelo era un poco superior a la de los buques, que marchaban a la sazón a 15 millas (7,70 metros por segundo), sin poderse afirmar su valor a causa del rumbo diferente que aves y buque llevaban, lo que redujo la observación al momento del paso.

No se pudieron hacer observaciones continuadas durante el día, pero mientras se navegó hasta Comodoro Rivadavia siguieron pasando bandadas, que se oyeron aún durante la noche mientras los buques estaban fondeados en aquel puerto.

La salida del Golfo, hecha de noche no permitió mayores observaciones, así como la navegación posterior practicada lejos de la costa durante el día.

Mientras la División trabajó en el Rincón, se vieron pasar diariamente algunas pocas bandadas y el día 29 se pudo obtener una estimación bastante aproximada de la velocidad de su vuelo.

Esa tarde uno de los buques navegaba rumbo sur a 16 millas de velocidad con viento de proa de 5 metros por segundo. El avance efectivo del buque era de 8 metros por segundo, de modo que, para volar a la misma velocidad, un ave tenía que avanzar a razón de 13 metros por segundo, con respecto al aire que la sustentaba. Una bandada que se aproximó siguiendo un rumbo convergente en unos 10° con respecto al del buque, se empeñó en cruzarle por la proa, lo que le costó 20 minutos de tentativas infructuosas, pues su velocidad era muy poco superior, de modo que, volando paralelamente conseguía avanzar hasta la altura de la proa, pero tan pronto como giraba un poco para pasar, el abatimiento la traía cerca del palo militar cuya proximidad producía una confusión completa en el orden perfecto con que mantenía cada individuo su posición en el ángulo de caza; pero simultáneamente se alejaban un poco y lo formaban inmediatamente para intentar otro cruce. Al fin pudieron realizar su propósito, pero pasando bastante cerca a proa del palo. De ello se deduce que la velocidad a que pueden volar estas aves, en sus migraciones, no excede los 14 o 15 metros por segundo.

ABEL RENARD.